

Cuba en su Poesía



Wifredo Lam, *La jungla*, 1943.

De la frágil

materia perdurable.

Juan Cobos Wilkins

Desde postulados distintos, pero complementarios, dos antologías muestran la riqueza y vitalidad de la poesía cubana más actual.

De «tiene el tercer Filipo, Rey de España, / la ínsula de Cuba o Fernandina / en estas Indias que el Océano baña, / rica de perlas y de plata fina», del fundacional *Espejo de paciencia*, de Silvestre de Balboa y Troya de Quesada, a los versos de Antonio José Ponte (Matanzas, 1964) o Norge Espinosa (Santa Clara, 1971) hay todo un largo camino poético sobre las aguas cubanas o, más exactamente, caminos. Pero, flotantes o sumergidos, según se haya escrito ateniéndose a la norma o al margen de ella, el interés por su poesía se acrecienta. Y desde que en la década de los cuarenta aparece la selección de Cintio Vitier, *Diez poetas cubanos*, numerosas son ya las antologías: *Las cien mejores poesías cubanas*, de Chacón y Calvo, mediado el siglo; en los sesenta, Lezama Lima publica su *Antología de la poesía cubana*; en los setenta, *Poesía en exodo*, de Ana Rosa Núñez; *Nueva poesía cubana*, de José Agustín Goytisolo, y *La última poesía cubana*, de Orlando Rodríguez Sardiñas. A partir de los ochenta aumentan: *Usted es la culpable*, de Víctor Rodríguez Núñez; *Retrato de grupo*, de Víctor Fowler y Antonio José Ponte, y en la última década se multiplican: *Un grupo avanza silencioso*, de Gaspar Aguilera Díaz; *La fiesta innombrable*, de Nedda G. de Anhalt; *La poesía de las dos orillas*, de León de la Hoz; *Noche*

insular, de Milhály Dés... y no son más que somera muestra.

El escritor y profesor Francisco Morán Lull, en un intento de desvanecer la línea entre escritura isleña y del exilio, presenta *La isla en su tinta* como una antología no circunscrita a periodos temporales ni a tendencias poéticas o políticas y, si bien constata el enfrentamiento entre Historia y Poesía (escisión terrible que, valga el ejemplo, coloca de un lado a Eliseo Diego y de otro a Gastón Baquero; aquél, finalmente, escribirá a éste: «¿Cómo no nos percatamos de que nuestra amistad no estaba fundada en la historia, sino en la poesía, materia tanto más frágil, pero más perdurable?»), avanza en la idea que ya Sardiñas expresara en 1973: «Tanto dentro de Cuba como fuera de ella surge la nueva grata de la buena poesía en el trabajo cumplido de un poema terminado». Morán aboga por superar el concepto divisorio proponiendo un punto de encuentro que la Historia no pueda arrebatarse ni secuestrar, tal punto es muchos, invisibles y unidos: el horizonte. En cuatro apartados que acogen a distintos autores secciona su trabajo: Cuba como paisaje edénico, en *La más hermosa* (Martí, Guillén, Loynaz, Lezama...), el desgarramiento y la melancolía del destierro en *Al partir* (Avellaneda, Florit, Baquero... se echa a faltar aquí un texto tan oportuno como *Isla Mujer*, de Rosario Hiriart, y en el volumen, entre otros, algún poema de Amando Fernández), *Tengo* aglutina la poesía incardinada en la Revolución (Guillén, Vitier, Retamar, Arrufat, Barnet...), y el amplio último, *Palma negra* (Brull, Piñera, Sarduy, Arenas...), reúne «el discurso que descalifica y socava el mito», la isla para la que el mar resulta «naufragio y desilusión».

Bien diferente es la antología preparada por Jesús Aguado y Aurora Luque, *La casa se mueve* fija sus límites en poetas nacidos a partir de 1960 y con residencia en Cuba. Son 10: Damaris Calderón, Teresa Melo, Carlos Augusto Alfonso, Antonio José Ponte, Omar Pérez, Norge Espinosa (incluidos también en *La isla en su tinta*), Juan Carlos Flores, Laura Ruiz, José Félix León y Sigfredo Ariel, quien da cuenta en su prólogo de los hechos que marcan esta generación: embargo norteamericano, Ofensiva Revolucionaria, agonía del socialismo en la Europa del Este, crisis balsera, fenómeno turístico... humus donde fermenta la poesía oculta que prende y aprehende una realidad y unos sueños muy diferentes y distantes a los mostrados en la propaganda y la oferta turística. Y si en los sesenta *El caimán barbudo* alentaba y defendía una escritura fiel espejo del ideario instaurado y lo oficial ahogaba otras tendencias y la lírica intimista o hermética despertaba rechazo, sospecha, y la larga sombra cubría todo lo que respirase diferente, y en los ochenta nuevos escritores comenzaron a alejarse de los postulados an-

teriores y las antologías brindaron acentos diferentes y dispares, hoy, tras un periodo bajo mínimos y aunque las dificultades de edición son apabullantes (papel *kraft*, impresión en viejos mimeógrafos, ya dignas piezas de museo; para países saciados, ejemplo vivo de la pujanza de la poesía viva), el nuevo siglo, como muestra esta antología, entra con voces renovadas, más mestizas (lo que ya es decir en la isla), desinhibidas, interrogantes tanto hacia fuera como hacia dentro, ansiosas por alinearse con la modernidad -a cuyos recursos estéticos no pueden permanecer ajenas- y ser, con plena justicia, contemporáneas, libres.

Ah, que tú escapes

Ah, que tú escapes en el instante
en el que ya habías alcanzado tu definición mejor.
Ah, mi amiga, que tú no quieras erocer
las preguntas de esa estrella recién cortada,
Que va mojando sus puntas en otra estrella enemiga.
Ah, si pudiera ser cierto que a la hora del baño,
cuando en una misma agua discursiva
se bañan el inmóvil paisaje y los animales más finos:
antílopes, serpientes de pasos breves, de pasos evaporados,
parecen entre sueños, sin ansias levantar
los más extensos cabellos y el agua más recordada.
Ah, mi amiga, si en el puro mármol de los adioses
hubieras dejado la estatua que nos podía acompañar,
pues el viento, el viento gracioso,
se extiende como un gato para dejarse definir.

Lezama Lima